

El malestar en la riqueza

M. MARTÍNEZ CHICHARRO*

Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros

Sartori, profesor (hoy emérito) de las Universidades de Florencia y Nueva York, una autoridad en teoría política y un brillante polemista, ha escrito un libro sobre un tema muy actual, *La sociedad multiétnica* (Taurus, 2001) curioso por su brevedad, densidad y contundencia, cualidades muy de agradecer. Él mismo acepta que su libro es un panfleto, aunque remitiendo el significado de esta palabra al siglo XVIII, en el que se acuñó.

En la primera parte del libro (*Pluralismo y sociedad libre*), cincuenta páginas nada apretadas le bastan al autor para precisar el

nacimiento, la evolución y la actualidad de los conceptos que utiliza y adelantar sus opiniones, o más bien, veredictos, sobre los problemas que hoy plantean los emigrantes en nuestras sociedades abiertas (Popper).

Para Sartori es un error creer que el pluralismo, que es lo “bueno”, encuentra una continuación y ampliación en el multiculturalismo, entendido éste no como una situación de hecho, sino como un valor; es decir, “como una política que promueve las diferencias étnicas y culturales” (pág. 7). Entendido así, “pluralismo y multiculturalismo son concepciones antitéticas” (p. 8), tesis central del libro.

* Profesor de la Facultad de Bellas Artes (ICE).

“Un multiculturalismo que reivindica la secesión cultural, y que se resuelve en una tribalización de la cultura, es antipluralista”. (p. 34).

“El multiculturalismo lleva a Bosnia, a la balcanización; es el interculturalismo el que lleva a Europa”. (p. 129).

En la segunda parte (Multiculturalismo y sociedad desmembrada), Sartori entra en el debate del valor de las culturas.

“Pero vayamos al meollo de la cuestión. Según Taylor(1), la política del reconocimiento exige que todas las culturas no sólo merezcan ‘respeto’ (como en el pluralismo), sino un ‘mismo respeto’. Pero ¿por qué el respeto tiene que ser igual? La respuesta es: porque todas las culturas tienen igual valor. Aunque no lo parezca, esto es un salto acrobático. E inaceptable”. (p. 79).

“Atribuir a todas las culturas ‘igual valor’ equivale a adoptar un relativismo absoluto que destruye la noción misma de valor. Si todo vale, nada vale: el valor pierde todo valor”. (p. 79/80).

En función de lo que antecede, Sartori previene del peligro que encierra para nuestra “buena sociedad” aceptar alegremente contingentes importantes de emigrantes con culturas de imposible o difícil integración, como es el caso del fundamentalismo islámico y su concepción teocrática de la sociedad.

“Los casos más graves, o potencialmente más graves, son, pues, los casos de Francia y de Italia. En los dos países entra una inmigración más difícil que la de los países de la Commonwealth que presionan sobre Inglaterra, y la experiencia es que el inmigrado extracomunitario se integra prioritariamente en redes étnicas y cerradas (para ellos y sus hijos) de mutua asistencia y

defensa. Y después, en cuanto una comunidad tercermundista alcanza su masa crítica, la perspectiva es que comience a reivindicar —multiculturalismo iuvante, con su ayuda— los derechos de su propia identidad cultural-religiosa y que acabe por pasar al asalto de sus presuntos opresores (los nativos)”. (p. 117)

Se tratan en el libro otros temas importantes y de gran actualidad, como puede ser la necesidad de limitar la concesión de la ciudadanía a inmigrantes refractarios a la integración en la sociedad que los acoge, pero concluyo esta apretada síntesis de lo que considero de más enjundia del libro reproduciendo el clarísimo comienzo del último capítulo (Conclusiones):

“El pluralismo no ha sido nunca un ‘proyecto’. Ha surgido a trompicones de un nebuloso y sufrido proceso histórico. Y aunque sí es una visión del mundo que valora positivamente la diversidad, no es una fábrica de diversidad, no es un ‘creador de diversidades’, una diversity machine. El multiculturalismo, en cambio, es un proyecto en el sentido exacto del término, dado que propone una nueva sociedad y diseña su puesta en práctica. Y es al mismo tiempo un creador de diversidades que, precisamente, fabrica la diversidad, porque se dedica a hacer visibles las diferencias y a identificarlas.

Por tanto, el multiculturalismo no es — como he subrayado en muchas ocasiones— una continuación y extensión del pluralismo sino que es una inversión, un vuelco que lo niega”. (p. 123).

No es tan fiero el multiculturalismo...

La caracterización que Sartori hace del multiculturalismo es demasiado rígida o extrema. No creo que en las Universidades norteamericanas —plaza fuerte de esta corriente— haya multiculturalistas que consideren que la ablación del clítoris que practican muchos pueblos africanos de religión musulmana deba respetarse y menos promoverse para que los emigrantes conserven su identidad cultural. Dice Sartori, y dice bien, que el pluralismo y la tolerancia son conceptos elásticos, pero que la elasticidad tiene un límite; lo mismo cabe afirmar del multiculturalismo. La cuestión, pues, sería elucidar dónde situar el punto de ruptura: por ejemplo, ¿en prohibir el uso del chador a las escolares?, ¿en obligarles a hacer gimnasia, como las demás niñas?, ¿en prohibir que se les mutilen sus genitales, como se hace en determinados países africanos? Una hipotética encuesta entre quienes se consideran pluralistas y multiculturalistas podría ofrecer, en mi opinión, ciertas diferencias en la respuesta a la primera pregunta(2) y más aun a la segunda (mayor predominio del no prohibir ni obligar entre los multiculturalistas, naturalmente), pero en el tercer caso la obvia respuesta sería unánime. La línea de demarcación entre unos y otros, que según Sartori es muy clara, es realmente muy difusa y no existen multiculturalistas puros, partidarios de promover cualquier cultura, aunque sea la de los talibanes.

La bibliografía sobre el valor de las culturas, el pluralismo y el multiculturalismo es amplia, pero la terminología es confusa: N. Fraser(3), por ejemplo, habla de la “versión pluralista del multiculturalismo”, lo que para Sartori sería un sinsentido, ya que el multiculturalismo “niega” el pluralismo. Sartori, como cualquier autor, está en su derecho de definir conceptos y operar con ellos en consecuencia, como hace en su libro, pero el crítico también lo está al decir que si ningún multiculturalista acepta

que debe “promoverse” la cultura talibán, el multiculturalismo definido por Sartori no es funcional. Y es que yo creo que el multiculturalismo, como reacción autocrítica contra la soberbia intelectual y el egoísmo en lo económico de nuestra cultura, tiene aspectos muy positivos y que en el fondo lo del valor igual-igual de todas las culturas no se lo cree casi nadie. Como el problema de que hay culturas poco valiosas, por no decir malas, no se les ha escapado ni a los multiculturalistas más radicales, estos recurren a la ambigüedad de admitir que toda cultura “puede estar sujeta a fases de decadencia” o “que, como los seres vivos, también las culturas pueden producir formas desintegradas y enfermas”(4). Así el problema se desplaza a discernir entre “estar mala” (enferma) una cultura, y “ser mala”, o decadente, o “inerte” (L. Strauss), o poco evolucionada, que es lo menos ofensivo que puede decirse. La práctica de la ablación del clítoris parece que procede del Egipto faraónico, por lo que lleva milenios siendo una costumbre cultural o enfermedad supercrónica que en algunos países mutila gravemente nada menos que a la mitad de la población; los practicantes, como seres humanos que son, merecen respeto, pero también mucha pedagogía, aunque se juzgue esta actitud eurocéntrica.

Estas últimas digresiones se dirigen contra los que consideran igualmente valiosas todas las culturas y mi opinión, por tanto, coincide con la de Sartori. Mi discrepancia con éste consiste en que no creo que “la versión dominante del multiculturalismo (sea) una versión antipluralista” (p. 63), aunque haya teóricos que inciten a la descalificación total del multiculturalismo que hace Sartori y que no comparto (a observar que al decir “versión dominante” el autor relativiza su tajante descalificación del multiculturalismo ya reseñada). El problema, insisto, está en fijar el

punto hasta el que debe llegar el respeto hacia las culturas (que puede ser amplio) y el apoyo a su promoción (que, lógicamente, será más estrecho) y acepto que haya multiculturalistas —bobos y, sobre todo, bobas, dice Sartori— que lleven el punto demasiado lejos(5).

Termino este epígrafe con una aclaración sobre mi evidente aprecio, compartido con Sartori, por nuestra cultura, aunque no sólo ni principalmente por haber producido obras literarias canónicas, a diferencia de la zulú: este aprecio, o incluso predilección, no impide que considere que es muy conveniente la recepción de influencias de otras culturas. Por poner un ejemplo, me adhiero a esta afirmación: “si el hombre es respetable, lo es en primer lugar como ser viviente más que como señor o dueño de la creación: primer reconocimiento que le obliga a respetar a todos los seres vivientes. En este sentido, el Extremo Oriente budista subsiste como depositario de preceptos que sería deseable que la humanidad en su conjunto continuara o en los que aprendiera a inspirarse”(6). Hay que evitar, añado yo, que el ejecutivo agresivo acabe siendo —si no lo es ya— el héroe y modelo de Occidente.

Una acumulación de matices

Comparto con Sartori tres convicciones —o veredictos— cruciales. La primera, ya expresada, que no todas las culturas “valen” lo mismo y que, como dice Taylor, son inaceptables las afirmaciones de Foucault o Derrida de que “todos los juicios de valor se fundan en último análisis en criterios impuestos por estructuras de poder”(7), afirmación que implica un relativismo cultural extremo. La segunda convicción es que recibir un alto porcentaje de inmigrantes es, por múltiples motivos, conflictivo. Y la tercera es que recibiendo emigrantes no se soluciona

el problema de la pobreza, hoy agravado “por culpa de la explosión demográfica (que la iglesia católica se obstina irresponsablemente en promover)” (p. 111).

Mis discrepancias se centran, para empezar, en una serie de matices que por acumulación se convierten en importantes. Comienzo con la segunda coincidencia mencionada: la conflictividad de los emigrantes.

“Una población foránea del 10 por ciento resulta una cantidad que se puede acoger; del 20 por ciento, probablemente no; y si fuera del 30 por ciento es casi seguro que habría una fuerte resistencia frente a ella. ¿Resistiría sería “racismo”? Admitido (pero no concedido) que lo sea, pero entonces la culpa de este racismo es del que lo ha creado”. (p. 121).

Los porcentajes que maneja Sartori me parecen sensatos y sitúan a las ciudades españolas muy lejos de cualquier conflicto importante a causa de la inmigración. Pero el final del párrafo, “la culpa de ese racismo es del que lo ha creado”, es, sin embargo, tan simplista como sentenciar del caso de un niño que muere aplastado por un albañil que se cae de un quinto piso que la culpa fue del albañil. En todo caso, en el accidente, para buscar responsables habría que investigar las medidas de seguridad en el trabajo adoptadas y, en relación con los emigrantes, habría que investigar la actuación de las autoridades que no supieron prever y atajar el conflicto, o incluso la del Banco Mundial, el FMI y el establishment del mundo desarrollado, que alguna responsabilidad tienen (aunque nunca total) en la situación de miseria extrema de tantos países.

En la tercera coincidencia, estoy de acuerdo en que sólo aceptando emigrantes no se resuelve el tremendo problema de la miseria,

pero matizo que en muchas ocasiones sí puede contribuir a aliviarlo e incluso contribuir a resolverlo. Éste podría ser, por poner un ejemplo que nos toca de cerca, el caso de Marruecos. No olvidemos que la España de los años cincuenta no tenía un nivel económico muy diferente del Marruecos actual y la emigración a Europa no solo aminoró el hambre existente, sino que las remesas de dinero de los emigrantes contribuyeron de forma importante al desarrollo económico de los años sesenta.

Otra objeción, accidental pero significativa, se refiere al siguiente párrafo sobre el multiculturalismo en su dominante (según Sartori) “versión antipluralista”:

“...sus orígenes intelectuales son marxistas. Antes de llegar a Estados Unidos y de americanizarse, el multiculturalismo arranca de neomarxistas ingleses, a su vez fuertemente influenciados por Foucault; y se afirma en los colleges, en las universidades, con la introducción de ‘estudios culturales’ cuyo enfoque se centra en la hegemonía y en la ‘dominación’ de una cultura sobre otras. También en América, pues, los teóricos del multiculturalismo son intelectuales de amplia formación marxista, que quizá en su subconsciente sustituyen la lucha de clases anticapitalista, que han perdido, por una lucha cultural anti-establishment que les vuelve a galvanizar”. (p. 63/64).

Ni pretendo defender un marxismo suficientemente alanceado por la historia ni negar que algunos marxistas (o más bien, ex) se apunten a lo que sea con tal de hostigar al establishment, pero si sacamos a relucir el subconsciente también podemos concluir que al de Sartori le encanta responsabilizar al marxismo —culturalmente fundamentalista occidental, por cierto— de cualquier

desaguisado, aunque sea con un muy discutible argumento.

Más importancia tiene la siguiente objeción:

“El que una diversidad cada vez mayor y, por tanto, radical y radicalizante, sea por definición un ‘enriquecimiento’ es una fórmula de perturbada superficialidad. Porque existe un punto a partir del cual el pluralismo no puede y no debe ir más allá; y mantengo que el criterio que gobierna la difícil navegación que estoy narrando es esencialmente el de la reciprocidad, y una reciprocidad en la que el beneficiado (el que entra) corresponde al benefactor (el que acoge) reconociéndose como beneficiado, reconociéndose en deuda”. (p. 54).

La pretensión de que el inmigrante deba reconocerse “en deuda”, aunque algo ambigua, remite inevitablemente a la mansedumbre y la sumisión. Otra cosa es que llegue con arrogancia, o que pretenda que nuestras leyes, propias de infieles, no le incumben(8).

Hasta hace poco tiempo los hombres se han movido por la tierra sin pedir permiso a nadie, por las buenas o por las malas, y en cierto modo, al igual que al ladrón que ha robado comida para satisfacer su hambre se le absuelve, se podría invocar el derecho natural para justificar las migraciones(9), aunque hoy por hoy es bastante evidente que aceptar una inmigración incontrolada sería descabellado. Pero no es mi intención entrar en el vidrioso problema del iusnaturalismo, ni es necesario para poder calificar a Sartori de liberal de derecha.

Porque, si he leído bien, creo que en su libro no aparece ni una vez la palabra solidaridad. Ni siquiera en una nota a pie de página para decir algo así como que ni en virtud de la

solidaridad debemos arriesgarnos a estropear nuestra “buena sociedad” para intentar arreglar miserias ajenas. Supongo que el objetivo de preservar nuestra buena sociedad es para Sartori algo tan intocable y transcendental que considera que no debe distraer al lector con jeremiadas ni blandenguerías. Es más, parece que incluso le incomoda cualquier porcentaje de inmigrantes, que “en realidad se ha hecho necesario porque los subsidios de desempleo permiten al europeo vivir sin trabajar” (p. 110).

No es totalmente incierta esta última afirmación, pero la ausencia de toda referencia a obreros especializados o incluso técnicos titulados competentes de cierta edad que por la reconversión industrial sólo pueden encontrar trabajos de ínfima categoría, y a otros temas conexos con el subsidio de desempleo que justifican su existencia, da un carácter francamente reaccionario a la cita. Lo que se entiende es que los subsidios de desempleo están estropeando Europa.

Mis últimas críticas son cautelosas (“supongo”, “se entiende”) porque Sartori, aun siendo, como he dicho, contundente, cuida la argumentación, y el carácter derechista de su libro no proviene tanto de sus afirmaciones concretas —con las que a menudo estoy de acuerdo, al menos parcialmente— como de la ausencia de algunos temas y del aroma —por decirlo de alguna manera— que su libro-panfleto despide.

Acabo estos comentarios con una paradójica discrepancia. Creo que Sartori tiene excesivo miedo a la dificultad de integrar a los emigrantes. No digo que sea fácil, pero quizá yo tenga más confianza que él en la potencia suasoria de nuestra cultura en los aspectos de ésta que me importan, entre los que desde luego está, como valor estrella que ambos compartimos, la tolerancia.

El malestar en la riqueza (divagación)

Es evidente que la solidaridad tiene una base instintiva, ya que también existe en comunidades animales. Jesús Mosterín cuenta, por ejemplo, que cuando un elefante se derrumba, sus compañeros intentan ayudarlo a levantarse para que siga su marcha y si muere se quedan junto al cadáver e incluso le “lloran” durante algún tiempo. Pero en cualquier caso la solidaridad —que con mayor o menor amplitud se da en todas las culturas—, como cualquier otro instinto, esta muy mediatizado por la cultura y, por otra parte, el hecho de compartir esta virtud o sentimiento con el mundo animal no dice directamente nada ni a su favor ni en contra.

El sistema capitalista, inextricablemente unido actualmente a la cultura liberal-burguesa, occidental, o como se quiera llamar, viene primando desde sus orígenes teóricos el egoísmo, base de la creación de riqueza, sobre la moral y la solidaridad, que serían en cierto modo una rémora para el desarrollo económico (ejemplo conocido y extremo es la fábula de las abejas de Mandeville).

La actual ofensiva neoliberal, en la que cabe encuadrar el libro de Sartori, está acentuando esta línea, frente a la cual —en retirada la claudicante socialdemocracia— sólo existe un confuso y difuso frente de multiculturalistas, ecologistas (solidarios diacrónicamente), marxistas contumaces y otra gente de muy diversa condición (entre la cual me cuento), que pensamos que no va a ser bueno para la humanidad seguir con la política ultraliberal (en la economía), por variadas razones cuya exposición no cabe aquí.

Parafraseando a Freud, cabría hablar de un malestar en la riqueza y así como el malestar en la cultura es el resultado de la oposición o tensión entre cultura e instintos (la cultura es represiva), la oposición solidaridad/riqueza genera mala conciencia. El muy humano evangelio —tan profundamente humano que algunos le atribuyen una inspiración divina— dice que los ricos, que lo son precisamente por no ser suficientemente solidarios, no entrarán en el reino de los cielos, pues no habrán sido grandiosamente humanos. Por eso los escasos hombres que se han atenido al evangelio al pie de la letra merecen la veneración de los creyentes cristianos y la admiración de los no creyentes.

Así pues, de la misma forma que la cultura es represiva de los instintos y genera malestar, la riqueza del mundo occidental genera un difuso malestar que llamamos mala conciencia y que tiene mucho que ver con la novedosa hostilidad que despiertan las reuniones de los que gobiernan los intereses económicos del mundo occidental. El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio son las instituciones más atacadas, tanto por la incidencia negativa sobre las economías más humildes que sus recomendaciones o decisiones suelen tener (al menos a corto plazo) como por considerar que éstas, al promover la globalización, destruyen las culturas ajenas al capitalismo.

Esta hostilidad, que se reflejó en la calle de forma masiva por primera vez en Seattle, no está protagonizada por inmigrantes miserables, sino por gente que tiene recursos para viajar y ha conseguido impresionar a los dirigentes de la economía: ha habido conversaciones entre contestatarios y contestados, y aquéllos incluso consiguieron modificar las posiciones ideológicas de Camdessus.

La conexión de estos movimientos con los problemas abordados por Sartori son evidentes, porque los multiculturalistas, además de perturbar la placidez de la vida académica norteamericana, están presentes entre los manifestantes que alteran el orden público cuando se reúnen los organismos rectores del capitalismo mundial, lo que está llevando a éstos, si no a la clandestinidad, sí a suspender reuniones en lugares comprometidos, como Barcelona, o a programarlas en... Qatar. En este aspecto no estaba tan fuera de lugar la intervención antiglobalizadora de una asistente al coloquio que con motivo de la presentación de su libro se celebró el diez de mayo en el Círculo de Bellas Artes de Madrid y que Sartori estimó impropio; y es también significativo que M. Thatcher haya arremetido en estos días contra el multiculturalismo, afirmando poco menos que está destruyendo el Reino Unido.

Por lo demás, en mi opinión, la raíz de los problemas planteados está en el hambre existente en el mundo, que es, con excepciones, lo que moviliza a los emigrantes y les lleva a las tristemente célebres pateras o a intentar atravesar a nado el río Bravo que separa México de Estados Unidos. Discutir sobre los problemas planteados por las migraciones sin entrar mínimamente en este problema, como hace Sartori, no es de recibo, aunque reconozca que en un libro no se pueden recorrer todas las ramificaciones que tienen los complejos temas sociales que plantea.

Notas

⁽¹⁾ TAYLOR, C. (1994): "The Politics of Recognition", incluido en GUTMANN, A. (1994): *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition*, Princeton University Press. Yo he manejado la versión castellana titulada *El multiculturalismo y "la política de*

reconocimiento” (ensayo de Charles Taylor), con presentación de A. GUTMANN y comentarios de varios autores, editado en 1993 por el Fondo de Cultura Económica. En relación con estos temas también está editado en castellano el libro de Taylor Ensayos sobre federalismo y nacionalismo en Canadá (Donosti, Gakoa, 1999).

(2) En Francia está prohibido el chador en la escuela, por considerarse un símbolo religioso. Es un tema discutible.

(3) N. FRASER (1997). “Iustitia Interrupta”. Versión española de Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes, Santa Fe de Bogotá.

(4) El primer entrecomillado es de Taylor (citado por Sartori) y el segundo de ROCKEFELLER, Steven C., en su comentario incluido en el primer libro en castellano citado en la nota 1 (pág. 133).

(5) A Sartori le gusta provocar. La verdad es que a mí también me irritan algunas feministas de la diferencia, lo que no quita para que considere que el avance en la equiparación de hombres y mujeres —obra de las feministas— sea uno de los logros sociales más positivos del siglo XX.

(6) C. LÉVI-STRAUSS (1986). Traducción española: Raza y cultura, Cátedra, Madrid, 1993. Págs. 139/40.

(7) El entrecomillado es de Sartori, ya que la frase está tomada del libro citado de Charles Taylor.

(8) Sartori no incluye la pretensión que estoy comentando en su respuesta a una pertinente pregunta del entrevistador Hermann Tertsch; sólo estipula que se atengan “a los valores básicos de la sociedad que te acoge”, estipulación que comparto. (Entrevista publicada en El País, 8/4/01). En esta entrevista se presenta a Sartori como “liberal de izquierda de quien mucha izquierda abomina”. Es de valorar su oposición a Berlusconi en las recientes elecciones italianas, pero el libro que estamos comentando, sin ser abominable, no es de un autor de izquierda.

(9) A este respecto W. Kymlicka dice (nada menos) “que un país renuncia a su derecho (“moral”, precisaría yo) de restringir la inmigración si ha sido incapaz de asumir su obligación de compartir su riqueza con los países más pobres del mundo” (Derechos individuales y derechos de grupo en la democracia liberal, en Isegoría, Madrid, n° 14, especialmente dedicado al multiculturalismo).